

ACOMPañAR A LOS NIÑOS DESDE UNA MIRADA RESPETUOSA

Gema Paniagua. 2012

Estamos evidentemente en un mal momento en educación y especialmente en el tramo 0-3. El sistema no está siendo “respetuoso” con los niños y niñas de 0 a 3 años, ni con sus familias, ni con sus educadoras y educadores. En nuestra Comunidad Autónoma el deterioro se ha iniciado ya hace años, antes de la crisis económica, y parece que la amenaza no cesa. Si miramos hacia el pasado, vemos cómo se está desmontando en un tiempo extraordinariamente breve lo que ha costado construir paso a paso en más de 30 años. Pero no podemos permitir que el desánimo nos pueda: junto a la reivindicación de unas condiciones de más calidad para nuestras escuelas, es el momento de pensar con realismo qué podemos hacer para dar una respuesta lo más digna y respetuosa con los niños y sus familias, intentando preservar algunas cuestiones esenciales aunque las condiciones sean adversas.

Uno de los riesgos de nuestra situación (p.ej. muchos niños / pocos adultos) es caer en esquemas educativos muy tradicionales, tendiendo a una fuerte directividad para controlar y entretener al grupo, y restando protagonismo a la acción y al juego de los niños. Además, la falta de reconocimiento nos lleva a veces a confundir lo *educativo* con lo *escolar*: caemos en defender el papel educativo en el tramo 0-3 a base de hacer cosas parecidas a las que se hacen en el 3-6 en los colegios (horarios similares, actividades de mesa, actividades de gran grupo...), alejándonos de las necesidades de las niñas y los niños de tan corta edad. Así, no es extraño oír a una educadora decir “¡Hoy no he podido hacer nada!” , cuando no ha parado en todo el día de dar respuesta adecuadas, porque seguimos pensando que los momentos estelares del aula son aquellos en los que los adultos conducimos una actividad grupal.

En efecto, con frecuencia en nuestros centros 0-3 tendemos a hablar de “actividades” en contraposición al “juego libre” y a las “rutinas de vida cotidiana”. Las primeras son las que reflejamos en las programaciones, las que mostramos a los padres, las que señalamos como la actividad del día (construcciones, psicomotricidad, juego heurístico...). Pero entre dirigir la acción de los niños y dejarles jugar totalmente a su aire hay una tercera vía que es esencial en toda la etapa de educación infantil: el **acompañamiento**. No es una estrategia nueva, la usan millones de adultos de todas las culturas en la crianza y educación de sus pequeños. Tampoco es nueva en educación infantil: la defienden –con distintos matices– todas las corrientes de educación infantil fundamentadas y respetuosas con el desarrollo del niño.

Los estudios evolutivos nos muestran que la intervención adulta más estimulante no es aquella en que la que se enseña de forma directiva a los niños, sino aquella que fomenta y aprovecha los cientos de oportunidades para el “aprendizaje incidental” partiendo fundamentalmente de lo que interesa al niño. Los niños no aprenden media hora al día, sino 24 horas al día, 7 días por semana. La adquisición del lenguaje es un buen ejemplo: los niños y niñas lo adquieren estando inmersos en un

medio que responde a sus intentos comunicativos y les aporta miles de modelos de lenguaje al hilo de sus intereses, de lo que están haciendo, etc.; no se puede aprender la complejidad del lenguaje por trabajar una semana un determinado vocabulario o por cantar canciones.

Se puede acompañar de muchas formas y en muchos aspectos: Se acompaña cuando se consuela entre nuestros brazos a un niño pero también cuando se cruza la mirada y se sonríe con aprobación a una niña que juega en el arenero a metros de distancia. Se acompaña cuando se conversa con un pequeño grupo, o cuando se “traducen” los balbuceos de un bebé. Se acompaña cuando le pedimos a un niño que espere un poco, mirándole a los ojos, y asegurándole que le vamos a atender. Se acompaña cuando mostramos interés por lo que hace un niño, cuando les damos tiempo para expresarse. Acompañamos cuando dejamos de dar una comida al percibir que la niña no quiere más. Acompañamos continuamente en las mil pequeñas cosas que hacemos los adultos cuando tenemos realmente en cuenta y respetamos a los niños.

El acompañamiento no es realmente una sola estrategia, sino un conjunto de formas de actuar con los niños partiendo siempre de la observación y la escucha. No se trata de una observación de papel y lápiz, sino de tener los ojos y los oídos bien abiertos, de ser receptivas a lo que los niños nos transmiten de forma continua con su cuerpo, con sus actitudes, con sus acciones, con su voz... Para acompañar a los niños necesitamos ser sensibles y estar disponibles.

La **sensibilidad** se refiere a la capacidad para identificar las señales en el niño. Es un tipo de habilidad social que tiene que ver con nuestra propia historia, pero que también se desarrolla e incrementa con la experiencia, la formación y la reflexión. Casi todas las educadoras y los educadores tienen altos niveles de sensibilidad (si no, difícilmente hubieran elegido esta profesión). Pero es importante no caer en una *insensibilización institucional* pensando, por ejemplo, que es normal que los niños y las niñas lloren mucho en el periodo de adaptación, que no hay nada que hacer. Otra cuestión importante es no olvidar que estamos condicionados por el hecho de estar en grupo; no se puede pretender hacer en todo momento una escucha individual multiplicada por veinte.

Y para poder responder adecuadamente a las señales de los niños, por supuesto, hay que estar **disponible**. Y para estar disponible, hay que estar presente. Y ahí tenemos una de las dificultades de nuestra organización de espacios: ¿cómo estar con el grupo cuando estamos en el cambiador? Los grupos de niños se están quedando en muchos momentos de la jornada sin adultos de referencia y eso no sólo merma la seguridad emocional de los niños, sino también su seguridad física. Incluso en situaciones menos estresantes, podemos preguntarnos desde nuestra realidad cuándo estamos más disponibles y atentos a las necesidades de los niños y cuándo menos. Tenemos que observar nuestra postura, la forma de hablar a los niños, la forma de desplazarnos por la clase o el patio... Y tenemos que reflexionar sobre cuándo nuestra disponibilidad disminuye por causas externas y cuándo por causas generadas por nosotras mismas: actividades demasiado complicadas, juntar grupos, etc.

La cuestión más controvertida entre las distintas propuestas de educación infantil respetuosas con los niños es hasta qué punto tenemos que intervenir sobre lo observado. La intervención que se define dentro del acompañamiento es muy respetuosa con el niño: puede ser ayudar sin sustituir el esfuerzo del niño, animar a superar un reto, o dar pistas sobre cómo resolver un conflicto. Pero también puede ser enriquecer lo que el niño ya hace por sí mismo: actuar en su “zona de desarrollo próximo”, ayudándole a dar el siguiente paso.

El acompañamiento en el aula consiste en una sucesión de microobservaciones seguidas de microintervenciones al hilo de lo observado. En situación de grupo, si se es el único adulto, en general no se puede pensar en intercambios de varios minutos exclusivos con cada niño ya que no se puede perder de vista al resto. Nuestras **microobservaciones y microintervenciones** son decenas, centenas a lo largo del día. Son “momentos de gloria” con cada niña o niño. Todo el mundo interactúa con frecuencia con los distintos niños pero no todo el mundo aprovecha para acompañar. Por ejemplo, no acompañamos cuando actuamos sobre los niños de forma mecánica, cuando les ayudamos de más ni cuando les ayudamos de menos. Cualquier acción del adulto o actividad puede ser o no de acompañamiento.

Todos y todas realizamos “acompañamos” en nuestras aulas, pero para unos es la forma fundamental de intervención, la que marca el diseño de los espacios, de los tiempos, de los apoyos, de los distintos tipos de actividades y juegos, y para otros es una forma residual de intervención, a la que se da poca importancia y que no se explota sistemáticamente.

Es esencial preguntarnos qué estilo asumimos a lo largo del día, en los distintos momentos: ¿Nos dedicamos a acompañar, a entretener, a dirigir, a ser “eficaces”, etc.? Es probable que nuestro **estilo educativo** vaya variando a lo largo de la jornada: en nuestras condiciones, a veces tenemos que entretener, otras tenemos que ser más directivas, etc. lo importante es que éste no se convierta en el centro de nuestro estilo. No se trata de sentirnos mal porque no siempre podemos responder suficientemente a las necesidades de todos y cada uno de los niños, sino de reflexionar con realismo: ¿en qué momentos estamos realmente acompañando con respeto a los niños y en qué momentos no?. Y cuestionarnos si estos últimos no podrían mejorarse con pequeños cambios en la organización, con nuestra forma de actuar, tal vez dejando de hacer cosas que no son esenciales con niños tan pequeños... Reconocer que lo tenemos difícil no debe suponer que renunciemos a mejorar.